



Pablo y Silas, hurélicos

por Daniel Urdaneta

Hace menos de dos semanas, un numeroso grupo de hermanos de Estados Unidos, Argentina, Ecuador y España, tuvimos la oportunidad de visitar Filipos y el lugar donde tradicionalmente se ubica el sitio donde Pablo y Silas fueron arrestados luego de liberar a la esclava adivina (Hch 16:16-40). Los primeros peregrinos cristianos (siglos IV–VI) identificaron esta cámara como la prisión de Pablo y Silas, aunque en realidad se trataba probablemente de una cisterna o parte de un baño romano, más tarde adaptada como oratorio cristiano. Hoy se acepta que fue un santuario conmemorativo bizantino, cuando los cristianos locales veneraban allí el encarcelamiento de Pablo. No es una cárcel romana auténtica conservada, sino un espacio reutilizado para recordar ese episodio bíblico.

Pero aunque no sea el sitio donde realmente fueron encarcelados Pablo y Silas, la historia sirve para que hablemos del carácter de ambos. "Hurélico" es un neologismo, un término de reciente creación, para definir a alguien que combina firmeza y ternura en la forma de cuidar o guiar a otros, alguien que corrige sin herir y anima sin adular.

Pablo defendía la verdad con convicción, no temía corregir errores doctrinales ni morales, se presenta como “madre que amamanta” y como “padre amoroso”. Muestra afecto sincero por sus comunidades. Aunque directo, buscaba restaurar, no humillar. Alentaba,



pero siempre con base en la verdad. Decía lo que era necesario, pero con amor pastoral y profundo compromiso con el bien del otro.

Pablo y Silas fueron encarcelados injustamente, pero no cedieron ni se quejaron. Aún en cadenas, mantuvieron su convicción espiritual:

“A medianoche, Pablo y Silas oraban y cantaban himnos a Dios...” (Hch. 16:25). Eso muestra una firmeza serena, una fe inquebrantable sin violencia ni resentimiento.

Después del terremoto, el carcelero quiso suicidarse pensando que los prisioneros habían escapado. Pablo lo detuvo con compasión:

“No te hagas daño, que todos estamos aquí.” (Hch. 16:28). En lugar de castigar o escapar, se preocupó por su agresor, lo calmó, y luego le habló del Evangelio con ternura.

Pablo no exigió justicia con ira. Esperó el momento, y luego corrigió con respeto pero firmeza: “Nos azotaron públicamente sin juicio, siendo ciudadanos romanos... que vengan ellos mismos a sacarnos.” (Hch. 16:37). Corrige al poder sin violencia, defiende su dignidad y la de Silas sin humillar a nadie.

Silas fue un compañero cercano de Pablo en sus viajes misioneros, y comparte muchos rasgos hurélicos también, especialmente en la prisión de Filipos. Judío cristiano, miembro respetado de la iglesia de Jerusalén, acompañó a Pablo en su segundo viaje misionero. También fue colaborador de Pedro y figura importante en la iglesia primitiva. En prisión, oró y cantó con Pablo a medianoche, mostrando fe inquebrantable en medio del dolor. No busca el foco, pero su presencia fiel fortalece a Pablo. Se deja guiar, pero también actúa con convicción cuando es necesario.

Pidamos a Nuestro Señor que seamos hurélicos: fuertes en convicción, tiernos en trato, respetuosos al corregir y animadores del alma incluso en las pruebas. Que nuestro liderazgo guíe desde el amor, no desde el poder.

Dios nos bendiga a todos.